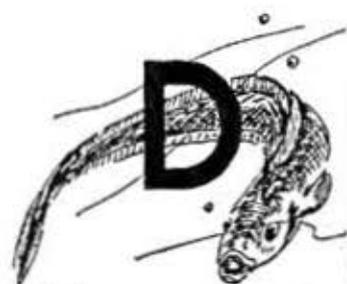


LA ORGANIZACION DE ESTADOS AMERICANOS

SU SILENCIOSO PAPEL COMO PROGENITORA DE POLITICA,
EN LA ENCRUCIJADA DE LA RETORICA Y LA ESTRATEGIA

Por
Leigh JOHNSON



DESDE 1890, las Américas e islas del Caribe han tratado de sintetizar su diversidad y muchas veces sus disparidades a través de la corporación estratégica, política, económica y militar del hemisferio: la Organización de Estados Americanos (OEA).

Por lo tanto, cualquier estudio de la OEA es, esencialmente, un estudio de su área operativa. Una evaluación de su dinamismo y éxito no puede fundamentarse solamente en un examen de su Carta, sino en los países que constituyen el alter ego de la región, la OEA.

Desde el 7 de julio de 1975, inauguración del período del Secretario General Alejandro Orfila, parece que la organización ha experimentado importantes y estimulantes cambios de apreciación y dirección. Posiblemente esto se deba tanto a la propia personalidad de Orfila como al hecho de que recientemente, todos los miembros y vecinos de la OEA han experimentado diversos grados de trastornos políticos y económicos y a la necesidad de reexaminar sus status quos y modus vivendi.

Por ejemplo, ha habido cambios de gobierno en Uruguay, Ecuador, Argenti-

na, México y Estados Unidos. Se ha producido un clímax en la actividad guerrillera y la reacción del gobierno en Argentina, interferencia cubana en los asuntos de Angola y Mozambique, un intento de aumentar su territorio por parte de Brasil, una activación y rápido apaciguamiento de la disputa fronteriza de siete años entre El Salvador y Honduras.

Ha habido tensión entre Belice, el Reino Unido y Guatemala, porque esta última ha reclamado que la primera es parte integral de su territorio. Jamaica ha acusado a Estados Unidos de actividades de "desestabilización". Venezuela ha ampliado sus movimientos económicos en el Caribe y Estados Unidos ha dado muestras de una notable indiferencia en asuntos problemáticos y ajenos.

¿Dónde y cómo encaja la OEA en este hemisferio constantemente cambiante y contencioso? ¿Qué espera lograr el Secretario General a través de su Carta y dentro de ella? ¿Cómo pueden hacer o hacen uso de la OEA los estados miembros?

La OEA es principalmente un foro para diálogo. No tiene poder para mediar, arbitrar o proponer soluciones a conflictos y problemas regionales o bilaterales específicos mientras no se lo soliciten. Sin embargo, una vez que se lo han pedido, tiene autoridad para sugerir soluciones. En otras palabras, no es un organismo es-

tablecido para "interferir" en asuntos regionales. Sin embargo, como señaló el embajador Orfila, una sugerencia ofrecida a un estado puede afectar a otro país que no se ha acercado a la OEA.

Esta organización fue establecida en 1890, pero no se convirtió en una estructura legal permanente hasta después de la Novena Conferencia Internacional de los Estados Americanos, en 1948. Su Carta compromete a sus miembros a "fortalecer la paz y seguridad del continente; a impedir posibles causas de dificultades y a garantizar la solución pacífica de las disputas que puedan surgir entre los estados miembros; a tomar medidas para emprender una acción común en favor de aquellos estados en caso de agresión; a buscar la solución de los problemas políticos, jurídicos y económicos que puedan surgir entre ellos, y a promover, mediante una acción cooperativa, su desarrollo económico, social y cultural".

La Organización lleva a cabo sus tareas a través de los órganos de la Asamblea General, la Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores, los Consejos, el Comité Jurídico Interamericano, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la Secretaría General, las Conferencias Especializadas y las Organizaciones Especializadas.

Los deberes de la Asamblea General consisten en:

- ⊙ Decidir la acción y política general de la OEA;
- ⊙ Establecer medidas para coordinar las actividades de los órganos y agencias de la OEA;
- ⊙ Fortalecer y coordinar la cooperación con las Naciones Unidas;
- ⊙ Promover colaboración en los campos económico, social y cultural con otras organizaciones internacionales;
- ⊙ Aprobar el presupuesto por programas de la organización;
- ⊙ Adoptar normas generales para gobernar las operaciones de la Secretaría General y adoptar sus propias reglas de procedimiento y su agenda por una votación de dos tercios.

La Secretaría General es el órgano central y permanente de la OEA. Desempeña las funciones que le han sido asignadas por la Carta, por tratados y acuerdos interamericanos y por la Asamblea Gene-

ral. En resumen, realiza los deberes que le han sido confiados por la Asamblea General, la Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores o los Consejos.

La Historia ha enseñado que un país es sólo tan grande como sus líderes. Por ende, el índice de la OEA y de sus estados miembros, empieza y termina en su Secretario General.

Alejandro Orfila, un veterano diplomático argentino, es el quinto Secretario General de la OEA. Empezó su carrera diplomática en 1946 cuando fue designado Secretario de Embajada en el Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires. En la época en que fue designado Secretario General de la OEA, era el Embajador de Argentina en Washington. Desde 1946, se ha desempeñado, en diversos cargos, en Moscú, Varsovia, San Francisco, Nueva Orleans y Japón. Ha sido Director de Información de la OEA, consejero en una cantidad de conferencias interamericanas, delegado de la OEA a reuniones especiales y consultante privado en los campos de las finanzas internacionales y de asuntos económicos.

Orfila es un hombre que parece dar gran importancia al aspecto humano del desarrollo y el progreso. "El futuro de las Américas —dijo el 13 de diciembre de 1976— depende de nuestra capacidad para encontrar hombres y mujeres con talento y habilidad que estén dispuestos a dirigirse adondequiera el futuro pueda conducirlos". Estima que América "se enfrenta con crisis nuevas, pero que guardan relación entre sí y tiene, sin embargo, una extraordinaria oportunidad... de progresar hacia la unidad y armonía regional".

"Las crisis —dice Orfila— se deben a las crónicas escaseces de energía, la deficiente producción y comercialización de alimentos, la disminución de los recursos minerales tradicionales, la necesidad de mejorar los procedimientos de transferencia tecnológica, los esfuerzos por conseguir precios mundiales estables y por expandir los mercados internacionales, y la necesidad de América Latina de tener acceso a aquellos financiamientos internacionales que le ayuden a pasar de su categoría de países en desarrollo de medio nivel a la de sociedades industrializadas".

La diversidad de los estados miembros de la OEA parecería limitar automáticamente todo objetivo singular. Pero parece que Orfila no concuerda con esto, pues en su discurso inaugural, declaró: "Más de una vez se ha señalado que los principios en los cuales se basa la organización y que reconocen la igualdad jurídica de los estados soberanos oculta la verdadera diferencia entre sus miembros. Habría que agregar, además, que aunque cada estado tiene un voto, es igualmente efectivo que las disparidades económicas, sociales y políticas existentes comprometen este concepto de igualdad.

"Sin embargo, creo que, dado que cada estado tiene un voto, podemos contribuir a reducir el desequilibrio económico, social y tecnológico que existe entre los pueblos de las Américas.

"Igual voz e igual voto (no hay veto en la OEA) son la forma en que se traduce el convencimiento de que cada país tiene su soberanía, su derecho y su dignidad. En esta igualdad esencial, ni ricos ni pobres, débiles o poderosos, grandes o pequeños, del norte o del sur, desarrollados o en desarrollo. Hay solamente estados soberanos, conscientes de su dignidad y que protegen sus derechos".

Orfila cree también que la aceptación del pluralismo ideológico en la OEA (es decir: la aceptación de diferentes ideologías políticas y estructuras económicas, considerándolas iguales y no superiores o inferiores) valoriza esta diversidad, la cual a su vez viene a ser la fortaleza de la región y de la OEA, según su opinión.

Gran parte de esa fuerza reside en su capacidad de proporcionar contacto entre sus estados miembros. Este contacto se expresa en los niveles cotidianos como también en aquellos a largo plazo. Orfila ha declarado que "el desafío del desarrollo es un desafío que enfrentamos en común como americanos. No es la preocupación exclusiva de los gobiernos, ni puede ser enfrentado únicamente a través de canales oficiales. Esta gran tarea común de lograr un desarrollo humano integral exige la amplia participación de todos los pueblos de nuestro continente".

El Secretario General de la OEA estima que "el desafío del desarrollo" tiene una oportunidad única en la próxima Asamblea Especial de la OEA sobre Co-

operación y Desarrollo. Esta Asamblea Especial fue acordada en la reunión de junio de 1976 de la Asamblea General de la OEA y fue el resultado de una creciente convicción por parte de los Estados miembros de que había que descubrir nuevos caminos para ampliar el esfuerzo de desarrollo. Orfila señala que las tres siguientes áreas son las más importantes en las cuales la OEA debe fijar su atención:

"El volumen y tipo de recursos financieros requeridos para el desarrollo hemisférico durante el próximo decenio y después;

"El problema de los recursos materiales, especialmente cuando dicen relación con el comercio, uso de energía y requisitos alimenticios en los años futuros;

"El desafío de desarrollar los recursos humanos no sólo en cuanto esto implica dar a todas las personas un papel e interés en el proceso de desarrollo, sino porque al mismo tiempo les ofrece las oportunidades para desarrollar todo su potencial como seres humanos".

Al mismo tiempo, declara que "existe gran incertidumbre sobre las perspectivas para los recursos financieros de América Latina. Se estima que estos países continúan enfrentándose a una creciente brecha financiera y de recursos. Solamente este año (1976) los países de América Latina sufrirán un déficit en su cuenta corriente de la balanza de pagos de 12.000 millones de dólares. Este problema amenaza con hacerse más agudo en los próximos años: estamos calculando que para 1980 habrá un déficit de 16.000 millones".

Orfila propone así que la agenda de la Asamblea Especial reconozca lo siguiente:

"No aparece en el horizonte inmediato un cambio en sentido inverso en las tendencias descendentes del financiamiento externo oficial. No obstante, la creciente brecha de recursos financieros debe cerrarse o si no las economías latinoamericanas se enfrentarán con graves dificultades financieras.

"La inversión exterior directa en América Latina, que en el caso de los Estados Unidos se duplicó de 10.200 millones a

19.600 millones de dólares en los diez años anteriores a 1974, debe seguir creciendo.

"Las políticas de las empresas multinacionales deben adaptarse a las prioridades nacionales. Y como contrapartida, protegerse y hacerse seguras las "reglas del juego" tanto para los inversionistas privados como para las naciones receptoras.

"Deben adoptarse formas concretas para aliviar las crecientes presiones de los gravámenes de la deuda externa.

"Deben establecerse nuevos mecanismos financieros internacionales para ayudar tanto a las naciones en desarrollo de nivel medio como a las que carecen de una costa marítima para obtener la clase de fondos internacionales públicos que realmente pueden pagar con el tiempo, en lugar de depender principalmente del alto costo de los mercados comerciales a corto plazo".

Respecto al tema de los recursos materiales, Orfila estima que "tanto los Estados Unidos como América Latina deben aprender a comprender mejor su creciente dependencia mutua. Hoy, ninguna de las dos mitades del hemisferio occidental puede permitirse desarrollar políticas independientes y aisladas en áreas relacionadas con el uso de energía, producción de alimentos, recursos materiales y comercio".

Observa que los Estados Unidos dependen en gran parte de América Latina "para muchos productos claves". Estos incluyen petróleo, mineral de hierro, bauxita, café, azúcar. A su vez, América Latina depende en alto grado de los mercados estadounidenses para obtener las divisas necesarias para ayudar a activar su crecimiento interno. Así "nuestras naciones necesitan determinar el mecanismo para proveer nuevo financiamiento para la producción de recursos. A este respecto, Estados Unidos ha propuesto un Banco Internacional de Recursos... una revisión urgente de las actuales barreras no tarifarias es indispensable... es vital que la Asamblea Especial de Cooperación para el desarrollo halle instrumentos específicos para responder a estos desafíos. Esto podría incluir, creo, la creación de una nueva institución hemisférica de financiamiento compensatorio de exportación, acción efectiva respecto a acuer-

do de utilidades, o el fomento de intercambios de mercado internacional organizados o contratos de compra a largo plazo que a la larga podrían reducir al mínimo el riesgo de compradores y vendedores".

Orfila advierte la necesidad de desarrollar los inmensos recursos, capacidades y potencial humano de las Américas como el desafío más vital. "No basta —dice— que tratemos de mejorar los sistemas educativos y técnicos.

"Debemos actuar más allá de los desafíos educacionales inmediatos con el objeto de incorporar programas de potencial humano en todo el ámbito del desarrollo nacional; reforzar las crecientes actividades del movimiento cooperativo, especialmente en las áreas rurales a fin de abrir nuevas perspectivas y oportunidades para las mujeres en todo nuestro continente, y para permitir que los 300 millones de latinoamericanos participen libre y ampliamente para ayudar a formar el futuro de nuestras naciones.

"No lograremos ninguna de estas metas a menos que volvamos a enfocar y reorganicemos las políticas y programas para utilizar el potencial de los recursos humanos del hemisferio. Esto requerirá ataques en gran escala contra el analfabetismo y amplios programas comunitarios, educación continuada y técnica, y también la movilización de los recursos humanos en las comunidades locales.

"Nuestras naciones deben llegar a una "estrategia popular" para impulsar el desarrollo cooperativo. El desarrollo y la industrialización en gran escala históricamente se han producido donde había una rápida expansión agrícola y difusión de la actividad económica desde las metrópolis urbanas más grandes hacia los centros regionales más pequeños. Hasta que América Latina no llegue a acuerdos más nuevos y dinámicos descentralizando sus pautas de crecimiento nacional, su potencial de recursos humanos seguirá inactivo".

Una cuidadosa lectura de los discursos del Secretario General Sr. Orfila deja la impresión de que él, y probablemente gran parte de la OEA, América Latina y sus miembros del Caribe, consideran a Estados Unidos como un intruso, posiblemente incluso como un antagonista, en muchos asuntos que implican a ambos

continentes. Cuando le preguntaron lo anterior, Orfila lo negó firmemente. Sin embargo, en un discurso del 26 de febrero de 1976, declaró:

"El sistema interamericano — y su principal instrumento, la Organización de Estados Americanos— está sufriendo las dificultades más graves de sus 86 años de existencia. Hay una creciente divergencia entre las metas de América Latina y de Estados Unidos. El conflicto y los enfrentamientos han llegado a niveles críticos.

"En el momento en que América Latina y los Estados Unidos parecían hallarse en su etapa más pacífica, se han visto envueltos en un presunto callejón sin salida. Esa es la desafortunada realidad que tenemos ante nosotros.

"El problema central que se nos presenta es si podrán nuestras naciones superar el malestar actual que invade el sistema interamericano y en qué forma se logrará".

Al parecer, esto se debe a puntos de vista distintos. Según Orfila, a Estados Unidos "ahora se le está haciendo cada vez más difícil dedicarse a los nuevos y graves problemas y desafíos inherentes al desarrollo que dominan el pensamiento y la opinión hemisférica.

"Una gran preocupación en América Latina actualmente es determinar si depende o no inevitablemente de fuerzas e influencias internacionales y extranacionales sobre las cuales tiene poco o ningún control".

En su mayor parte, América Latina parece estimar que los puntos de vista y las prioridades mantenidas por los Estados Unidos tienen una clara orientación hacia la seguridad tradicional y el modelo político estratégico a expensas del progreso evolutivo y económico.

Orfila declara: "Ciertas acciones estadounidenses específicas han ayudado a activar el descontento latinoamericano por la posición de este país respecto de las necesidades y prioridades hemisféricas. Las revisiones de la Carta de la OEA en 1969 no ayudaron a producir los resultados esperados por algunas naciones latinoamericanas, en muchos aspectos, incluyendo comercio, tecnología y la transferencia de nuevos recursos estadounidenses. Las modificaciones hechas por el

Congreso de Estados Unidos tanto a la Ley del Banco de Desarrollo Interamericano como a la Ley de Ayuda Exterior, especialmente las que afectan los intereses de las naciones que deciden nacionalizar o restringir las inversiones privadas estadounidenses, han acelerado el antagonismo hemisférico hacia Estados Unidos... El gravamen aplicado por este país en 1971, de un 10 por ciento de recargo a las importaciones fue rápidamente considerado en muchos sectores latinoamericanos como una forma de abierta agresión económica, especialmente ultrajante porque Estados Unidos tenía un superávit en su balanza comercial con ellos.

"No obstante, dado que tanto Estados Unidos como América Latina se dieron cuenta que sus respectivos conceptos del sistema interamericano no han sido coincidentes en muchos aspectos importantes, se han buscado formas de superar sus graves y crecientes diferencias...

"El momento actual, por lo tanto, da la impresión de ser una genuina encrucijada para el futuro del hemisferio. Nuestro sistema interamericano, sorprendido por acontecimientos y condiciones cambiantes, aparentemente se halla atrapado en un atolladero. Pero, considerando sus aciertos del pasado, tanto América Latina como los Estados Unidos parecen convencidos de que esto tiene solución. Sin embargo, a menos que el esfuerzo de desarrollo hemisférico se convierta en el tema central de sus discusiones y negociaciones sistemáticas, los pronósticos más negativos sobre el futuro de las relaciones interamericanas podrían resultar ciertos. Ni América Latina ni Estados Unidos pueden permitir que esto ocurra. Simplemente, tienen mucho que perder con cualquier distanciamiento de sus destinos en este hemisferio".

Las palabras del Secretario General Orfila parecen subrayar una tendencia recientemente establecida en los países en desarrollo y subdesarrollados con respecto a los Estados Unidos y al lugar que este país ocupa en su "mundo".

Estados Unidos se encuentra cada vez más en la ambigua posición de ser acusado al mismo tiempo de "imperialismo" e "indiferencia". Por ejemplo, si Washington empieza a establecer una re-

lación estratégica o económicamente beneficiosa con el "aliado-A", lo más probable es que el "no aliado-B" lo acuse de "imperialista". A la inversa, si Estados Unidos no se preocupa a fondo de la situación interna de las ambiciones a largo plazo de un país, lo acusan de "indiferente".

Esta reputación internacional, o esta mala reputación, de los Estados Unidos se debe tanto a su propia aparente incapacidad de describir sus prioridades estratégicas en términos que sean comprensibles para los países en desarrollo como a la contundente propaganda de la Unión Soviética. Además, la gran riqueza de Estados Unidos, no solamente en términos materiales sino también de orden tecnológico, ha tendido a aislarlo de los demás.

Se debe, además, a su propia dualidad política interna. Todos los días Washington da señales de sus deseos de llevar la batuta en el campo político, militar y económico, pero no ha podido realmente ajustarse a las realidades de su condición de supernación: poder, y voluntad de hacer uso de él. En otras palabras, su sentido político aspira a esa posición superior, mientras su sentido moral lo frena en todos los pasos de su estrategia internacional. Podría decirse así que Estados Unidos es capaz de ejercer hegemonía, pero es incapaz de concertarse, realizarla o pagar el precio de esa hegemonía.

Las relaciones de Washington con Cuba, Panamá, Guyana y Jamaica son ejemplos clásicos de esta tendencia.

En muchos aspectos, la insistencia actual del gobierno de Panamá para que el Canal sea declarado territorio panameño, refleja el creciente deseo por parte de este país y sus aliados de dividir el continente de Norte y Sudamérica por la mitad. Porque finalmente, lo que está en juego no es solamente el Canal de Panamá sino dos ideologías radicalmente opuestas.

El Presidente panameño, general Omar Torrijos, ha proclamado que el problema del Canal: "es un asunto sentimental para mi país". Sin embargo, olvida agregar que en ese sentimiento está apoyado por Cuba, la izquierda internacional y la Unión Soviética. Aparentemente, no se da cuenta tampoco que Moscú preferiría que el Canal se "internacionalizara" en lugar

de "panameñizarse", ya que esto dejaría a esta estratégica vía más al alcance de su Armada, en constante expansión.

Respecto al asunto de Panamá, Estados Unidos debe decidir si se enfrentará con sus atacantes ideológicos o dejará que lo persuadan de que tiene poca consecuencia estratégica para su base de poder.

La reciente acusación de desestabilización hecha por Jamaica contra Estados Unidos es otro ejemplo de esta tendencia. En este caso, podría decirse que el Premier Manley estaba usando esta forma de propaganda tanto para apuntalar sus propias ambiciones gubernativas y su incompetencia como para seguir la línea retórica cubana de ataque contra todos los asuntos norteamericanos.

Paradójicamente, las relaciones de Estados Unidos con Cuba, Jamaica y Guyana subrayan los resultados finales de una estrategia positiva y negativa. Pues, en cada caso, Cuba, Jamaica y Guyana han acudido a la Unión Soviética en la creencia de que esta supernación, a diferencia de Estados Unidos, no agrega "ataduras o precio" a sus relaciones militares, económicas o políticas. Creen esto a pesar de que La Habana, prescindiendo de su aparente independencia, ha sido infiltrada por Moscú en todos los niveles y se halla fuertemente amarrada al sistema colectivo de seguridad de la Unión Soviética y a su cobertura estratégica.

La efectividad de la administración del Presidente James E. Carter para hacer frente a estas imágenes dependerá tanto del conocimiento que sus consejeros tengan de las características de los países en desarrollo o subdesarrollados como de que el propio Carter logre una cabal comprensión de la importancia estratégica que tienen América Latina y el Caribe para los Estados Unidos.

Mucho dependerá también de la comprensión de la OEA y su Secretario General Sr. Orfila, de las necesidades estadounidenses-latinoamericanas y de las mutuas dependencias que él mismo ha observado.

Sin embargo, hay dos áreas en el hemisferio occidental a las cuales Washington está prestando una positiva atención: América Central y el Cono Sur de América del Sur.

Se sabe que el Consejo de Defensa de Centro América (CONDECA) está estudiando actualmente planes para coordinar las actividades militares de seis países centroamericanos contra la subversión interna y el terrorismo en general. Según fuentes no oficiales, la agenda fue redactada a petición de Estados Unidos y Nicaragua.

La proposición de coordinación discutida por el CONDECA en reuniones del 16 al 19 de agosto uniría las actividades separadas de las repúblicas bajo la conducción general de un Ejército Centroamericano Unificado (EUC).

El interés de Estados Unidos en los países del cono sur, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, gira alrededor de los océanos Atlántico y Pacífico y el Estrecho de Magallanes y de la creación de una Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS) para hacer frente a la influencia de la Unión Soviética en aquellos océanos y sus estados costeros, especialmente Angola, Guinea-Bissau y Guinea (Conakry). A este respecto varios informes indican que Washington ha propuesto el desarrollo de una fuerza naval de ataque, integrada con un comando estratégico unificado, poder aéreo y bases en el cono sur. También ha habido fuertes indicios de que Sudáfrica estaría interesada en participar en dicha alianza.

Sin embargo, parece que Brasil ha bloqueado temporalmente cualquier paso definitivo con su declaración de septiembre donde expresa que los intereses de Brasil en África "consisten en estrechar relaciones con los estados negros más que con los blancos".

Desde el punto de vista defensivo, la OEA está atada al hemisferio occidental a través del Protocolo de Enmienda del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (Tratado de Río) de 1947. Este Protocolo se aplica igualmente a la agresión inter y extra hemisférica y establece que: "Las Altas Partes Contratantes convienen en que un ataque armado por cualquier estado contra un estado miembro se considerará como un ataque contra todos los estados miembros y por consiguiente cada uno de ellos se compromete a ayudar a hacer frente a cualquier ataque semejante en el ejercicio del derecho inmanente de autodefensa individual

o colectiva reconocida por el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas".

El ejemplo más reciente del aprovechamiento de este aspecto de la OEA hecho por los estados miembros tuvo lugar en julio cuando hizo crisis la prolongada disputa fronteriza entre El Salvador y Honduras. La disputa fronteriza entre estos países se debe más que nada a una frontera delimitada. Además, no es toda la frontera la que está en disputa sino cuatro sectores de tierra que no han sido, como lo denomina la OEA, "inventariados".

En resumen, ambos países acudieron a la OEA con su disputa y el Consejo Permanente, actuando en representación de los Ministros de Relaciones Exteriores de los Estados miembros, votó por el establecimiento de una misión de observadores, compuesta por 29 oficiales de 11 países, para vigilar el cumplimiento del plan de retirada que había sido acordado. En septiembre, el Secretario General Orfila fue invocado por los Ministros de Relaciones de ambos países para actuar como moderador durante las discusiones que sostuvieron en Washington para llegar a un acuerdo sobre los procedimientos a seguir y solucionar el conflicto en forma permanente y definitiva.

Sin embargo, hay muchos otros problemas estratégicos, defensivos e internos en que la OEA no participa ni puede inmiscuirse.

Por ejemplo, no está en condiciones de ayudar al gobierno argentino en su actual enfrentamiento con su población guerrillera. Tampoco podrían invocarla para interponer una solución en el conflicto actual entre el triunvirato militar de Ecuador y sus partidos políticos por un retorno a un gobierno civil. Esto no implica sin embargo una debilidad de la OEA, sino que la ubica más bien en su perspectiva regional. Pone de relieve también el hecho que, aunque la OEA y por lo tanto sus estados miembros han aceptado la idea del pluralismo ideológico, individualmente, los países no están necesariamente preparados para reconocerlo dentro de sus propias fronteras.

La OEA tampoco puede intervenir, con sugerencias, en las actuales negociaciones entre Chile, Perú y Bolivia, frente a la petición de éste último de una salida al

Pacífico. Tal vez, es digno de nota también que La Paz recurriera a Brasil y Venezuela y no a la OEA para "garantizar" su neutralidad en el caso de desarrollarse un conflicto entre Perú y Chile. En lo que a esto respecta es difícil evaluar si Bolivia está ayudando a fomentar un inminente choque entre Lima y Santiago o si La Paz cree que ésta es una nueva forma de llamar la atención sobre su necesidad psicológica de una salida al mar.

Sin embargo, la posibilidad de un enfrentamiento entre Perú y Chile no debería descartarse totalmente en vista de que el primero está reforzando sus fuerzas armadas a un ritmo rápido y estratégico y parece creer que la compra de equipo militar soviético "no tiene motivo ulterior por parte de Moscú". En cuanto a esto, un experto estadounidense de alto nivel

en relaciones exteriores ha expresado la opinión de que "la Unión Soviética está entregando al Perú más armas de las que puede maniobrar a fin de provocar una guerra entre Perú y Chile". Por otra parte, no hay que pasar por alto que Moscú todavía no ha perdonado al gobierno de Pinochet el derrocamiento del Presidente Allende.

Dicho asunto refleja lo que puede ser el aspecto más urgente de esta época en las actuaciones de la OEA y que hasta el momento la organización no ha logrado reconocer: a saber, el efecto que tiene sobre el bienestar interno y la paz regional de sus miembros el proselitismo de ideologías ajenas dentro de las Américas.

Defense Foreign Affairs Digest, Dic. 1976.

